

DOCTRINA Y PRACTICA  
EUCARISTA EN LA EDAD  
MODERNA

D. Vicente Ramón Escandell Abad  
Licenciado en Historia, UA  
Diplomado en Ciencias Religiosas

*Ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Iesus in qui nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens fregit, et dixit: Accipite, et manducate: HOC EST CORPUS MEUM, quod pro vobis tradetur: hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam coenavit, dicens: Hic calix novum testamentum est in MEO SANGUINE; hoc facite quotiescumque bibetis, in meam commemorationem.*

(1 ad Corinthios 11, 23-25)

## **Presentación**

Estas palabras del Apóstol Pablo que sirven de introducción al presente trabajo, recogen la fe de los primeros cristianos en la presencia real de Cristo en la Eucaristía en el contexto de la celebración eucarística. Pablo ha recibido esta tradición del propio Cristo (“Porque yo he recibido del Señor lo que he transmitido a vosotros...”) y como tal la transmite a los destinatarios de su carta, y de un modo más extenso a todos los fieles de Cristo que habrían de venir después.

Tras la fugaz figura de Berengario de Tours en el siglo XII, la fe de los cristianos en la presencia real de Cristo en la Eucaristía no se había puesto en peligro, al contrario, los siglos medievales experimentan un auge de la piedad eucarística sin precedentes. Sin embargo, este panorama se vera alterado por las consecuencias de las tesis de Wycleff y Huss, que son asumidas de un modo u otro por los principales reformadores, iniciando un proceso de cuestionamiento de la presencia real que desemboca en las tesis que la reducen a una mera presencia simbólica, con las consecuencias que ello supone para la Misa, reducida en los ambientes protestantes a un mero memorial de la Última Cena.

En el campo católico, el Concilio de Trento, recogiendo los testimonios de las Escrituras y de la Tradición, define dogmáticamente la fe milenaria de la Iglesia en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, que tiene como marco excepcional la Santa Misa, verdadero sacrificio expiatorio y lautreatico al Padre. La celebración eucarística saldrá fortalecida de Trento y gracias a la labor de San Pío V la Santa Misa se convierte en el augusto marco de los sagrados misterios por los cuales Cristo viene a nosotros en Cuerpo y Sangre, en alma y divinidad por las palabras del sacerdote, verdadero *alter Christus*.

El objeto del presente trabajo es ofrecer una pequeña panorámica sobre los momentos más importantes del desarrollo de la piedad eucarística en la Edad Moderna bajo la luz de Trento. Por ello cuatro son los temas que ofrecemos en este trabajo al lector:

- ✱ El Magisterio de Trento como respuesta a las herejías eucarísticas de la Reforma.
- ✱ La cuestión de la comunión frecuente en el marco del Jansenismo.
- ✱ Las nuevas formas de piedad eucarística que han llegado hasta nuestros días.
- ✱ El Apostolado de la Comunión frecuente desarrollado por la Compañía de Jesús.

## **1. Controversias eucarísticas: reformados y jansenistas**

Uno de los elementos más sobresalientes de la espiritualidad católica en la Edad Moderna es el de la Eucaristía. Los debates en torno a la Eucaristía van a tener a lo largo de los siglos XVI y XVII un doble frente: uno externo, originado en la negación por parte de los grupos protestantes de la presencia real de Cristo en la Eucaristía operada en la Misa en virtud de las palabras de la consagración, a la que oponen diferentes fórmulas en las que se contempla una progresiva degeneración de la doctrina tradicional eucarística; otro interno, consecuencia de la ascesis jansenista que dificultaba la frecuencia sacramental a través de la exposición de una ascesis penitencial rigorista.

## 1.1. El frente exterior: la Reforma

Hasta la Reforma luterana los debates en torno a la Eucaristía habían versado más sobre el modo y la forma en que Cristo se halla presente en ella, que en torno a la cuestión de la transubstanciación, es decir, la conversión del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Ni los defensores de una presencia fuertemente realista, ni los que la conciben en términos más espirituales, ponen en duda el dogma eucarístico de la transubstanciación<sup>1</sup>, aunque ya Berengario de Tours afirmaba en pleno siglo XII que “el pan y el vino se convierten, por la consagración, en el sacramento de la religión, sin dejar de ser pan y vino (...) En la boca se recibe el pan; en el corazón, espiritualmente, la virtud del cuerpo de Cristo”<sup>2</sup>. Más allá de Berengario de Tours, podemos considerar a Wycleff como el verdadero precursor de los protestantes en esta materia, ya que niega la transubstanciación<sup>3</sup>, lo que le restará apoyos en los medios populares muy apegados a la piedad eucarística, pero tampoco propone una alternativa, al contrario que la Reforma Protestante, que ofrecerá la Palabra como alternativa a la Eucaristía<sup>4</sup>, la cual dentro de las diferentes corrientes protestantes queda reducida a su mínima expresión.

Llegada la Reforma protestante las diferentes confesiones nacidas de ella elaboran sus propias doctrinas eucarísticas en las que contempla como común denominador la negación de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, al tiempo que se intenta fórmula una nueva doctrina más acorde con los planteamientos de las diferentes iglesias reformadas. De este intento nacen, al menos, tres diferentes fórmulas eucarísticas en las que se contempla una progresiva degradación del dogma católico hasta su total supresión, y que corresponden a luteranos y calvinistas:

---

<sup>1</sup> LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Historia de la Iglesia Católica. Edad Media. La cristiandad en el mundo europeo y feudal (800-1303)* Vol. II Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2003 p. 201

<sup>2</sup> LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. II p. 204

<sup>3</sup> La oposición de Wycleff a la fórmula escolástica de la transubstanciación y la de *annihilatio substitutio* de escotistas y occamistas tiene su razón de ser en el planteamiento metafísico del heresiarca inglés, para quien “ninguna cosa puede ser aniquilada ni siquiera por la infinita potencia de Dios (...) No solamente los individuos tienen existencia real, sino también los entes o conceptos universales; no solamente el pan y el vino, sino la panidad y la vinidad, existen *a parte rei*, porque tanto las cosas concretas como las universales son ideas de Dios, participan de la absoluta realidad divina; hacer desaparecer cualquiera de ellas, sería destruir a Dios”. (LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Historia de la Iglesia Católica. Edad Moderna. Edad Nueva. La Iglesia en la época del Renacimiento y la Reforma católica (1303-1648)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1999 Vol. III p. 277-276)

<sup>4</sup> MITRE, Emilio – GRANDA, Cristina: *Las grandes herejías de la Europa cristiana (380-1520)*, Istmo, Madrid 1999 p. 228

- Consustanciación o <<empanación>>: uno de los elementos característicos del luteranismo es la negación del valor sacrificial de la Misa<sup>5</sup>, es decir, rechaza el concebirla como el “Sacrificio del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, que se ofrece (en el altar) bajo las especies de pan y vino en memoria del sacrificio de la Cruz”<sup>6</sup>, ya que “el sacrificio de la Misa representa de un modo sensible el derramamiento de la sangre de Jesucristo en la Cruz; porque, en virtud de las palabras de la consagración, se hace presente bajo las especies del pan sólo el Cuerpo, y bajo las especies del vino sólo la Sangre de nuestro redentor; si bien, por natural concomitancia y por la unión hipostática, está presente bajo cada una de las especies Jesucristo vivo y verdadero”<sup>7</sup>.

La negación del valor sacrificial de la Misa redujo ésta a un mero acto conmemorativo de la Última Cena, y por ende no tenía sentido mantener la doctrina de la presencia real de Cristo en la Eucaristía según la doctrina tradicional católica. Ahora bien, Lutero no niega la presencia real, pero la fórmula en términos muy similares a los expuestos por Berengario de Tours (<<el pan y el vino se convierten, por la consagración, en el sacramento de la religión, sin dejar de ser pan y vino>>), así, para el Luteranismo no hay transustanciación, sino consustanciación o <<empanación>>: el pan y el vino coexisten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo<sup>8</sup>.

- <<Virtualismo>>: en el caso del calvinismo, hay que remontarse en esta cuestión a la figura precursora de la reforma en Suiza, Zwinglio, cuyas relaciones con Lutero fueron bastante tensas, dado que el espíritu sensible y místico del reformador alemán chocaba con el temperamento más natural y optimista del suizo<sup>9</sup>. Zwinglio mostró una tendencia más racional en la cuestión eucarística, que le condujo a la negación tajante de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, que Lutero salvaguardaba con la fórmula de la empanación, defendiendo una presencia simbólica en el contexto de una celebración conmemorativa de la Última Cena<sup>10</sup>, con lo que la presencia real desaparece del credo reformado propuesto por Zwinglio.

Realmente es Calvino quien hace suya la tesis virtualista, por la que considera que aquellos que comen el pan y beben el vino en el contexto de la celebración de la Cena adquieren la virtud del Cuerpo de Cristo<sup>11</sup>, idea que, como hemos visto, ya apuntaba Berengario de Tours en el siglo XII, y que junto a la coexistencia del pan y el vino con el cuerpo y la sangre de Cristo, le convierte en un verdadero precursor de las tesis eucarísticas reformadas. En Calvino la Eucaristía queda reducida a un mero símbolo externo, al igual que el bautismo, y la misa queda reducida a la Cena<sup>12</sup>, en la que los calvinistas conmemoran el hecho histórico de la Última Cena siguiendo la doctrina luterana que negaba el valor sacrificial a la Misa.

<sup>5</sup> Este punto lo aborda el reformista en su obra *Sobre la misa* (LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. III p. 674)

<sup>6</sup> PIO X, San: *Catecismo mayor de San Pío X. Compendio de la Doctrina cristiana*, Editorial Criterio Libros, Madrid 1998 P. IV, Cap. V, nº 4 p. 120

<sup>7</sup> PIO X, San *Op. cit.* P. IV, Cap. V, nº 7 p. 120

<sup>8</sup> <<Transustanciación>> en COOK, Chris: *Diccionario de términos históricos*, Biblioteca de Consulta (Alianza Editorial), Madrid 1997 p. 516

<sup>9</sup> LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. III p. 705

<sup>10</sup> EGIDO, Teofanes: *Las Claves de la Reforma y la Contrarreforma (1517-1648)*, Planeta, Barcelona 1991 p. 53

<sup>11</sup> <<Transustanciación>> en COOK, Chris *Op. cit.* p. 516

<sup>12</sup> LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. III p. 713

¿Cuál fue la reacción de la Iglesia Católica antes estas desviaciones reformadas en materia eucarística? El Concilio de Trento estableció de forma definitiva la doctrina católica relativa al valor sacrificial de la Misa, la transubstanciación y la presencia real de Cristo en la Eucaristía contrarrestando la doctrina luterana, y estableciendo las bases dogmáticas para la refutación de futuras desviaciones. La cuestión de la Eucaristía fue tratada por Trento en el transcurso de la segunda fase del Concilio (1551-1552) en la que promulga el Decreto referente a la eucaristía, y en él encontramos en relación con el tema de la Presencia real lo siguiente:

<< Primeramente enseña el santo Concilio, y abierta y sencillamente confiesa, que en el augusto sacramento de la Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene verdadera, real y sustancialmente [Can. 1] nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajo la apariencia de aquellas cosas sensibles. Porque no son cosas que repugnen entre sí que el mismo Salvador nuestro esté siempre sentado a la diestra de Dios Padre, según su modo natural de existir, y que en muchos otros lugares esté para nosotros sacramentalmente presente en su sustancia, por aquel modo de existencia, que si bien apenas podemos expresarla con palabras, por el pensamiento, ilustrado por la fe, podemos alcanzar ser posible a Dios y debemos constantísimamente creerlo. En efecto, así todos nuestros antepasados, cuantos fueron en la verdadera Iglesia de Cristo que disertaron acerca de este santísimo sacramento, muy abiertamente profesaron que nuestro Redentor instituyó este tan admirable sacramento en la última Cena, cuando, después de la bendición del pan y del vino, con expresas y claras palabras atestiguó que daba a sus Apóstoles su propio cuerpo y su propia sangre. Estas palabras, conmemoradas por los santos Evangelistas [Mt. 26, 26 ss; Mc. 14, 22 ss; Lc. 22, 19 s] y repetidas luego por San Pablo [1 Cor. 11, 23 ss], como quiera que ostentan aquella propia y clarísima significación, según la cual han sido entendidas por los Padres, es infamia verdaderamente indignísima que algunos hombres pendencieros y perversos las desvíen a tropos ficticios e imaginarios, por los que se niega la verdad de la carne y sangre de Cristo, contra el universal sentir de la Iglesia, que, como columna y sostén de la verdad [1 Tim. 3, 15], detestó por satánicas estas invenciones excogitadas por hombres impíos, a la par que reconocía siempre con gratitud y recuerdo este excelentísimo beneficio de Cristo. >><sup>13</sup>

en cuanto al tema de la transubstanciación, el decreto conciliar apunta, siguiendo las Escrituras y la Tradición de la Iglesia<sup>14</sup>:

<<Cristo Redentor nuestro dijo ser verdaderamente su cuerpo lo que ofrecía bajo la apariencia de pan [Mt. 26, 26 ss; Mc. 14, 22 ss; Lc. 22, 19 s; 1 Cor. 11, 24 ss]; de ahí que la Iglesia de Dios tuvo siempre la persuasión y ahora nuevamente lo declara en este santo Concilio, que por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de

---

<sup>13</sup> DzH 874

<sup>14</sup> Sobre este punto dice lo siguiente San Juan Damasceno (S. VIII): << El cuerpo esta verdaderamente unido a la Divinidad, el cuerpo aquel que nació de la Virgen santa, no porque el cuerpo que ascendió [a los cielos] baje del cielo, sino porque el mismo pan y vino se cambian en el cuerpo y la sangre de Dios. Si preguntas la manera como se realiza esto, conténtate con oír que [se realiza] por medio del Espíritu Santo; del mismo modo que el Señor, por medio de Espíritu Santo, tomó carne para sí y en sí de la santa Madre de Dios; y no podemos saber nada más, sino que la palabra de Dios es verdadera y eficaz [Hebr 4, 12] y omnipotente, pero la manera de realizarse no es posible conocerla. No es, sin embargo, peor decir esto, a saber: que como naturalmente el pan por la manducación, y el vino y el agua por la bebida, se convierten en cuerpo y sangre del que come y bebe, y no resulta un cuerpo distinto del primer cuerpo, así el pan de la oblación y el vino y el agua, por medio de la epiclesis y de la venida del Espíritu Santo, se cambian de modo sobrenatural en el cuerpo y la sangre de Cristo, y no son dos [cuerpos], sino uno [un cuerpo] y el mismo [cuerpo de Cristo] >> (DAMASCENO, San Juan: *Sobre la fe ortodoxa* L. 4, c. 13 MG 94, 1136)

su sangre. La cual conversión, propia y convenientemente, fue llamado transustanciación por la santa Iglesia Católica.>>

finalmente, entre los cánones contenidos en el Decreto conciliar sobre la Eucaristía, se condena explícitamente la doctrina luterana de la consubstanciación:

Can. 2. Si alguno dijere que en el sacrosanto sacramento de la Eucaristía permanece la sustancia de pan y de vino juntamente con el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y negare aquella maravillosa y singular conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo y de toda la sustancia del vino en la sangre, permaneciendo sólo las especies de pan y vino; conversión que la Iglesia Católica atísimamente llama transustanciación, sea anatema.<sup>15</sup>

Por lo que toca al tema de la Misa, Trento abordó la cuestión del valor sacrificial de la Misa en el último periodo conciliar (1561-1563), y entre las varias cuestiones tratadas sobre este tema, deja claro el valor sacrificial de la Misa frente a la tesis luterana que lo negaba y la reducía a un mero memorial de la Última Cena:

<< Y porque en este divino sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció El mismo cruentamente en el altar de la cruz [Hebr. 9, 27]; enseña el santo Concilio que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio [Can. 3], y que por él se cumple que, si con corazón verdadero y recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes nos acercamos a Dios, conseguimos misericordia y hallamos gracia en el auxilio oportuno [Hebr. 4, 16]. Pues aplacado el Señor por la oblación de este sacrificio, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y pecados, por grandes que sean.

Una sola y la misma es, en efecto, la víctima, y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse. Los frutos de esta oblación suya (de la cruenta, decimos), ubérrimamente se perciben por medio de esta incruenta: tan lejos está que a aquélla se menoscaba por ésta en manera alguna [Can. 4]. Por eso, no sólo se ofrece legítimamente, conforme a la tradición de los Apóstoles, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los fieles vivos, sino también por los difuntos en Cristo, no purgados todavía plenamente [Can. 3].>><sup>16</sup>

Con los decretos tridentinos quedaba salvaguarda la cuestión dogmática en torno a la Eucaristía y la Misa dotando a la Iglesia de una doctrina clara sobre ellas. En cuanto a la práctica eucarística, si bien recomendaba una mayor frecuencia en la recepción del Sacramento del Altar, en la práctica esta no será tan asidua como deseaba el Concilio, ya que no sólo fue difícil desarraigar los hábitos en este campo heredados de la Edad Media, sino que la irrupción del Jansenismo favorecerá la tendencia a una comunión menos frecuente como consecuencia de su rigorismo moral, que lo enfrentara a los jesuitas partidarios una mayor frecuencia en la comunión, tendencia que se abre paso poco a poco en el seno del Catolicismo.

## 1.2. El frente interior: Jansenismo

---

<sup>15</sup> DzH 884

<sup>16</sup> DzH 874

En el trabajo anterior al hablar de la Eucaristía señalábamos el hecho de que a lo largo de la Edad Media se produce un contraste entre la multiplicación de las misas y el progresivo descenso de la práctica de la comunión entre los fieles, divergencia que fue paliada con la aparición de las formas de piedad eucarísticas paralitúrgicas. Esta situación no mejora en la Edad Moderna, donde la práctica sacramental antes y después de Trento, a pesar de los esfuerzos de la Iglesia y de los reformadores católicos, sigue siendo muy reducida, buena muestra de ello la carta ya citada de San Ignacio a sus vecinos de Azpeitia con motivos de la erección de la Cofradía del Santísimo Sacramento, y en la que les traza una breve historia de cómo con el paso del tiempo se había ido abandonando la comunión frecuente entre ellos, exhortándoles a una mayor frecuencia en la recepción de la comunión, aprovechando la ocasión de la erección de dicha Cofradía:

<< Tomaban cada día el santísimo Sacramento todos y todas que tenían edad para tomar; después de allí a poco tiempo, comenzándose un poco a enfriar la devoción, se comulgaban todos de ocho a ocho días; después a cabo de mucho tiempo, enfriándose mucho más en la vera caridad, vinieron a comulgarse todos en tres fiestas principales del año, dejando cada uno en su libertad y a su devoción, si quisiese comulgar más a menudo, quier de tres a tres días, quier de a ocho a ocho días, quier de mes a mes; y después, a lo ultimo, hemos parado de año en año, por la nuestra tanta frialdad y enfermedad, que parece que el nombre nos queda de ser cristianos, según a la mayor parte de todo el mundo veréis, si con animo quieto y santo le queréis contemplar. Pues sea de nosotros, por amor y espíritu de tal Señor, y provecho tan crecido de nuestras animas, renovar y refrescar en alguna manera las santas costumbres de nuestros antepasados; y si en todo no podemos, a lo menos en parte, confesándonos y comunicándonos (como arriba dije) una vez en el mes. Y quien más adelante querrá pasar, sin alguna duda, irá conforme a nuestro Criador y Señor, testificando San Agustín con todos los otros doctores santos, el cual dice (después que dijo: *No alavo ni vitupero el comulgar diariamente*); *exhorto a comulgar todos los domingos.* >><sup>17</sup>

La práctica de la comunión frecuente era hasta cierto punto una propuesta novedosa en comparación con la práctica tradicional hasta entonces seguida, tan novedosa era que “*si alguno quería comulgar más a menudo, por excusar murmuraciones se iba á comulgar a las hermitas del campo; porque no causaba esto menos admiración (...) que si vieran volar á un buey*”<sup>18</sup>, así, San Ignacio durante su estancia en Alcalá, a fin de poder comulgar cada ocho días, se vio obligado a “á ir mudando de iglesias, y á valerse de las hermitas del campo”<sup>19</sup> para no levantar sospechas, ya que quienes le veían a él y sus compañeros comulgar con tanta frecuencia, se extrañaban y los tachaban de osados y extravagantes<sup>20</sup>; durante su estancia en París, San Ignacio continuó esta práctica, y ello fue ocasión de que las autoridades de la

---

<sup>17</sup> IGNACIO DE LOYOLA, San: << [Carta] a los habitantes de Azpeitia >> (Agosto – septiembre 1540) en *San Ignacio de Loyola. Obras. Edición manual. Transcripción, introducción y notas de Ignacio Iparraguirre S. I. – Cándido Dalmases S. I. del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús (Roma) y Manuel Ruiz Jurado S. I., profesor de historia de la espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1997 (sexta edición, reimpresión) pp. 749-750

<sup>18</sup> Cf. GARCIA, Francisco S. I: *Vida de San Ignacio de Loyola*, L. II c. II en BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. *San Ignacio de Loyola. Apóstol de la Comunión Frecuente*, Barcelona 1909 p. 43

<sup>19</sup> ALVAREZ, Gabriel S. I.: *Historia ms de la Provincia de Aragón S. J.*, L. I c. XIII en BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. nota 1 p. 44

<sup>20</sup> ALVAREZ, Gabriel S. I.: *Historia ms de la Provincia de Aragón S. J.*, L. I c. XIII en BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. nota 1 p. 43-44

Sorbona quisieran castigarlo “por haber introducido entre muchos estudiantes de la Universidad Parisiense la *frecuencia de Sacramentos*”<sup>21</sup>. San Ignacio no es el único ejemplo que podemos aducir en el apostolado que se desarrolla en la Edad Moderna a favor de la comunión frecuente, así, en San Juan de Ávila, contemporáneo de San Ignacio, encontramos otro importante propagador de esta idea, y no sólo la aconseja a las personas que tiene bajo su dirección espiritual, sino que en sus sermones hace un llamamiento general a una mayor frecuencia sacramental<sup>22</sup>, en tanto que en su pensamiento la comunión supone una transformación en Cristo<sup>23</sup>: <<ser hechos participantes de los merecimientos de Cristo, ser incorporados en Cristo>><sup>24</sup>, idea que ya habíamos visto cuando hablamos de San Bernardo de Claraval y su doctrina de la Eucaristía.

Ahora bien, la práctica de la comunión frecuente exige por parte del fiel una disposición interna para recibir el sacramento con asiduidad, en este sentido Santo Tomás de Aquino señala “que si uno se encuentra preparado para recibirle todos los días, es laudable que diariamente lo reciba”<sup>25</sup>, del mismo modo, “como en muchos hombres se presentan muchos obstáculos para esta devoción en muchas ocasiones, por indisposición del cuerpo o del alma, no es provechoso para todos los hombres acercarse todos los días a este sacramento, sino cuantas veces se encuentre uno preparado para ello”<sup>26</sup>. Determinar esa disposición interna era función del confesor, de ahí, la influencia que en el descenso de la práctica eucarística tuvieron los confesores, los cuales recomendaban a sus penitentes abstenerse de la comunión como acto de reverencia hacia la Eucaristía, siguiendo la recomendación de Santo Tomás que contempla la recepción y la abstención como actos de postración hacia ella:

<< La reverencia hacia este sacramento lleva el temor unido al amor. Por eso el temor reverencial a Dios se llama temor filial, como se dijo en la *Segunda Parte*. De hecho, del amor nace el deseo de recibirle, mientras que del temor surge la humildad de reverenciarlo. Por consiguiente, ambas cosas pertenecen a la reverencia de este sacramento: el recibirle todos los días y el abstenerse de él alguna vez. >><sup>27</sup>

En este contexto, se produce el choque entre la Compañía de Jesús y el Jansenismo: la primera, siguiendo las huellas de San Ignacio, hará suya la causa del apostolado de la comunión frecuente tanto por medio de sus predicadores, como a través de las diferentes organizaciones vinculadas a la Compañía, pero sobre todo por medio del confesionario en el que la Compañía realizará una importante labor de dirección espiritual, a través de la cual fomentará esta práctica; en cuanto al segundo, la rigidez ascética que propone a través de su portavoz más autorizado, el abate Saint – Cyran, que también desarrolla una importante labor de dirección espiritual, fomentará una oposición contra la comunión frecuente, signo de la moral laxista que según los jansenistas propugnaban los jesuitas.

---

<sup>21</sup> BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. p. 48

<sup>22</sup> ESQUERDA BIFET, Juan: art. <<Comunión eucarística>> en *Op. cit.* p. 194

<sup>23</sup> ESQUERDA BIFET, Juan: art. <<Comunión eucarística >> en *Op. cit.* p.192

<sup>24</sup> Cfr. JUAN DE AVILA, San: *Ser.* 45, 413 en ESQUERDA BIFET, Juan: art. <<Comunión eucarística>> en *Diccionario de San Juan de Ávila*, Monte Carmelo, Burgos 1999. p. 192

<sup>25</sup> ST III q. 80 art. 10 en *Op. cit.* Vol. 5 p. 724

<sup>26</sup> ST III q. 80 art. 10 en *Op. cit.* Vol. 5 p. 724

<sup>27</sup> ST III q. 80 art. 10 en *Op. cit.* Vol. 5 p. 724

El episodio central de este enfrentamiento entre jesuitas y jansenistas es el que protagoniza el libro de Antonio Arnauld, hermano de la abadesa de Port – Royal Angélica Arnauld, titulado *De la fréquente communion*<sup>28</sup>, con el que la cuestión de la comunión frecuente sale del ámbito teológico y se da a conocer a los profanos en la materia. La obra surgió como respuesta a las críticas recibidas por Saint – Cyran con motivo de sus reproches al P. Sesmaisons S. I que había permitido a una penitente comulgar y asistir a un baile<sup>29</sup>, mientras que él había prohibido a una de sus digiridas participar en cualquier diversión si había recibido anteriormente la comunión. En síntesis, la obra de Arnauld “apoyándose en la autoridad de los Padres, los Papas y los Concilios, proponíase restablecer la auténtica doctrina acerca de la práctica de los sacramentos, pisoteada y pervertida por el laxismo jesuítico”<sup>30</sup>, y en él podemos señalar como ideas clave de Arnauld:

- La consideración de la Eucaristía, no como un medio para la santificación, sino al contrario, como un premio a las almas verdaderamente santas que podían acercarse a ella tras una dura penitencia, porque lo que era imposible comulgar con la frecuencia que pretendían los jesuitas. Ello suponía que sólo aquellos “que sentían una decisiva llamada de la Gracia divina” podían comulgar, de ahí, que la abstención eucarística apareciese como un signo de humildad<sup>31</sup>.
- El retorno a una ascesis penitencial propia de la Iglesia primitiva, de ahí que recomiende a los confesores la imposición de duras y severas penitencias para purificar las almas y hacerlas dignas de la recepción eucarística.<sup>32</sup>

El resultado de la propuesta de Arnauld, a pesar de que la obra parecía estar en consonancia con los deseos de Trento de revalorar el Sacramento de la Comunión, fue el desalentar a muchos fieles a acercarse a comulgar ya que les era difícil alcanzar los parámetros de perfección que exigía en su obra<sup>33</sup>, amen de que la ascesis que proponía resultaba no sólo anacrónica<sup>34</sup>, sino también inhumana. Posiblemente la mejor crítica a

---

<sup>28</sup> El título completo de la obra era: *De la fréquente comunión, où les sentiments des Pères, des Papes et des Conciles, touchant des sacraments de Pénitence et d'Eucharistie, sont fidèlement exposés* (LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Historia de la Iglesia Católica. Edad Moderna. La época del absolutismo monárquico (1648-1814)* Vol. IV, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2001 p. 341)

<sup>29</sup> La penitente en cuestión era la marquesa de Sablé, simpatizante de Port – Royal, que era amiga de la Princesa de Guemené, que tras una vida disoluta, se había convertido y se hallaba bajo la guía espiritual de Saint – Cyran, a quien hizo participe del comentario de su amiga acerca de cómo el P. Sesmaisons le recomendaba la comunión frecuente sin prohibirle participar en diversiones, cosa que si le había prohibido a ella. (ROPS, Daniel: *La Iglesia en los tiempos clásicos. El Gran siglo de las almas*, Luis de Caralt Editor, Barcelona 1959 p. 399)

<sup>30</sup> ROPS, Daniel *Op. cit.* p. 399

<sup>31</sup> ROPS, Daniel *Op. cit.* p. 399

<sup>32</sup> ROPS, Daniel *Op. cit.* p. 399

<sup>33</sup> ROPS, Daniel *Op. cit.* p. 399

<sup>34</sup> El rigorismo nunca fue la norma dentro de la práctica penitencial en la Iglesia primitiva, al contrario, siempre hubo circunstancias que atenuaban la dureza del rigorismo *ortodoxo* en virtud del poder de la Iglesia para perdonar los pecados, así, en caso de verdadero arrepentimiento, de persecución o de intercesión de los mártires, los fieles podían obtener el perdón de la Iglesia y ser reincorporados a ellas y participar del sacramento eucarístico. Grupos heréticos como montanistas y tertulianistas sí que desarrollaron un verdadero rigorismo inhumano basado en la negación del poder de la Iglesia para perdonar las faltas más graves. (AZCARATE, R. P. Andrés (OSB) *La Flor de la Liturgia o curso ilustrado de liturgia, para uso de los seminarios y noviciados, círculos de Acción Católica, seminarios catequísticos y otros centros de estudios religiosos, por el P... monje benedictino*, Editorial Pax. San Sebastián s.f. (primera edición española). p. 295-296; LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Historia*

la obra de Arnould provenga de San Vicente de Paúl, contemporáneo a los hechos, que en carta a M. D' Horany evaluaba los efectos del libro entre el común de los fieles: «Es verdad que hay demasiada gente que abusa de este sacramento, y yo, miserable, más que todos los demás hombres. Pero la lectura de este libro, más que inclinarlos a la comunión frecuente, les aparta de ella... En San Sulpicio comulgan tres mil menos que los años pasados.»; y en otra carta dirigida al mismo destinatario le comenta: «Puede suceder lo que decís, que algunas personas han podido sacar provecho de este libro en Francia y en Italia; mas por un centenar que quizá se hayan aprovechado de él en Paris, haciéndolos más respetuosos en la recepción de los sacramentos, hay por lo menos diez mil a los que ha perjudicado en absoluto.»<sup>35</sup>

La reacción por parte de los jesuita no se hizo esperar, y la obra de Arnould fue contestada por el P. Nouet<sup>36</sup>, quien en sus sermones criticó la obra de Arnould que en los medios jesuitas empezó a ser conocida como *De la infrecuente comunión*, sin embargo, el apoyo que recibió Arnould de algunos eclesiásticos le valió al jesuita la condena por parte del clero parisiense, y el jesuita tuvo que retractarse públicamente ante el arzobispo de París; más contundente fue la respuesta del P. Pétau en su libro *De la penitencia pública y de la preparación para la comunión* (1644), pero se trataba de una respuesta demasiado docta para interesar al común de los fieles<sup>37</sup>.

En este contexto, la Santa Sede intervino en la cuestión en 1679 con un Decreto de la Sagrada Congregación del Concilio (12-II-1679), que abordaba la cuestión de la comunión frecuente y diaria<sup>38</sup>, ya planteada en 1587 por el obispo de Brescia<sup>39</sup>, y que constituye el único documento pontificio sobre la cuestión anterior al publicado por San Pío X en 1905 por el que se consagraba definitivamente la práctica de la comunión frecuente y diaria en la Iglesia. El Decreto de 20 de diciembre 1905 menciona explícitamente a los jansenistas como causantes del alejamiento de los fieles de la frecuencia de los sacramentos en unos términos bastante duros:

«... Mas el deseo de Jesucristo y de la Iglesia de que todos los fieles se acerquen diariamente al sagrado convite, se cifra principalmente en que los fieles unidos con Dios por medio del sacramento, tomen de ahí fuerza para reprimir la concupiscencia, para borrar las culpas leves que diariamente ocurren y para precaver los pecados graves a que la fragilidad humana está expuesta; pero no principalmente para mirar por el honor y reverencia del Señor, ni para que ello sea paga o premio de las virtudes de quienes comulgan. De ahí que el Santo Concilio de Trento llama a la Eucaristía «antídoto con que nos libramos de las culpas cotidianas y nos preservamos de los pecados mortales».

---

*de la Iglesia Católica. Edad Antigua. La Iglesia en el mundo grecorromano*, Vol. I, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2001 p. 288)

<sup>35</sup> Cfr. VICENTE DE PAUL, San: «Carta de 25 de junio de 1648» y «Carta de 10 de septiembre de 1648» en *Lettres de Saint Vincent de Paul, fondateur des prêtres de la Mission* (Paris 1882) Vol. 239 y 255 (LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. IV p. 344)

<sup>36</sup> El P. Nouet (1605-1680) no sólo fue un notable orador sino también un encarnizado enemigo de los jansenistas, al tiempo que un importante autor ascético de la Francia del siglo XVII, hasta el punto que algunos autores le señalan junto a los jesuitas Saint – Jure y P. Guillare, ambos importantes escritores ascéticos del XVII francés, como fuente de inspiración de las practicas que Santa Margarita María propuso en su apostolado del Sagrado Corazón, aunque Baivel señala que esta influencia, si la hubo, fue posterior a las revelaciones (BAIVEL: art. «Coeur Sacré de Jesús (devotion au)» col. 322)

<sup>37</sup> LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. IV p. 343

<sup>38</sup> DzH 1147-1150

<sup>39</sup> DUBLANCHY, E.: art. «Communion Eucharistique (Fréquente)» col. 534 en DTC

Al invadir por doquiera la peste janseniana, se empezó a discutir sobre las disposiciones con que había que acercarse a la comunión frecuente y cotidiana y a porfía las exigieron mayores y más difíciles, como necesarias. Estas discusiones lograron que muy pocos se tuvieran por dignos de recibir diariamente la Santísima Eucaristía y sacar de este saludable sacramento más plenos frutos, contentándose los demás de confortarse con él una vez al año o cada mes o, a lo sumo, cada semana. Es más, se llegó a tal punto de severidad, que se excluyó de la frecuentación de la mesa celestial a clases enteras, como la de los mercaderes y de aquellos que estuviesen unidos por matrimonio.

... La Santa Sede no faltó en esto a su propio deber... Sin embargo, el veneno janseniano que, bajo apariencia del honor y reverencia debida a la Eucaristía, había inficionado hasta los ánimos de los buenos, no se desvaneció totalmente. La cuestión de las disputas sobre las disposiciones para frecuentar recta y legítimamente la Eucaristía, sobrevivió a las declaraciones de la Santa Sede, de lo que resultó que algunos teólogos, aun de buen nombre, pensaron que sólo raras veces y con muchas cortapisas, se podía permitir a los fieles la comunión diaria.

... Pero Su Santidad, que lleva en el corazón que... el pueblo cristiano sea invitado con la mayor frecuencia y hasta diariamente al sagrado convite, encomendó a esta Sacra Congregación examinar y definir la cuestión predicha.>><sup>40</sup>

El decreto del 20 de diciembre estuvo precedido por otro en el que la Sagrada Congregación establecía las disposiciones por la que los fieles podían acercarse con mayor asiduidad al sacramento del altar, con lo que se establecían las pautas definitivas para regular esta práctica, y que debían seguir los confesores y directores espirituales a la hora de aconsejar a sus fieles la frecuencia sacramental:

<< 1. La Comunión frecuente y cotidiana... esté permitida a todos los fieles de Cristo de cualquier orden y condición, de suerte que a nadie se le puede impedir, con tal que esté en estado de gracia y se acerque a la sagrada mesa con recta y piadosa intención.

2. La recta intención consiste en que quien se acerca a la sagrada mesa no lo haga por rutina, por vanidad o por respetos humanos, sino para cumplir la voluntad de Dios, unirse más estrechamente con El por la caridad y remediar las propias flaquezas y defectos con esa divina medicina.

3. Aun cuando conviene sobremanera que quienes reciben frecuente y hasta diariamente la comunión estén libres de pecados veniales por lo menos de los plenamente deliberados y de apego a ellos, basta sin embargo que no tengan culpas mortales, con propósito de no pecar más en adelante...

4. Ha de procurarse que a la sagrada comunión preceda una diligente preparación y le siga la conveniente acción de gracias, según las fuerzas, condición y deberes de cada uno.

5. ... Debe pedirse consejo al confesor. Procuren, sin embargo, los confesores, no apartar a nadie de la comunión frecuente o cotidiana, con tal que se halle en estado de gracia y se acerque con rectitud de intención...

9. Finalmente, después de la promulgación de este Decreto, absténganse todos los escritores eclesiásticos de cualquier disputa y contienda acerca de las disposiciones para la comunión frecuente y diaria... >><sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> DzH 1981-1984

<sup>41</sup> DzH 1985-1990

Con estos decretos San Pío X daba respaldo a la tendencia que habían apoyado los jesuitas desde los tiempos de San Ignacio a favor de la comunión frecuente, regulando su práctica en el sentido definido por Trento, que contemplaba la Eucaristía no como una meta sino como un medio para la santificación, muy al contrario de lo que proponían los jansenistas, aunque hay que reconocer que su planteamiento eucarístico nace de una sincera devoción a la Eucaristía, aunque en el plano de la ascesis se deje guiar demasiado por el rigorismo y por las ideas filocalvinistas de Jansenio en la cuestión de la Gracia.

## **2. La piedad eucarística en los siglos XVI y XVII**

La labor desarrollada en el Concilio de Trento en torno a la cuestión eucarística (Sesión XIII) no se limitó a disposiciones dogmáticas, sino que también tuvo presente la necesidad de potenciar entre los fieles una sólida piedad eucarística que contrarrestase la ofensiva antieucarística protestante, pero por otro lado, favoreciese un renacimiento eucarístico entre los fieles que los llevase de la piedad paralitúrgica a una mayor asiduidad sacramental. En este sentido, el capítulo 5 del Decreto tridentino relativo a la Eucaristía sirve como punto de partida y recordatorio de la importancia que tiene dentro de la Iglesia la devoción a la Eucaristía:

<< No queda, pues, ningún lugar a duda de que, conforme a la costumbre recibida de siempre en la Iglesia Católica, todos los fieles de Cristo en su veneración a este santísimo sacramento deben tributarle aquel culto de latría que se debe al verdadero Dios [Can. 6]. Porque no es razón para que se le deba adorar menos, el hecho de que fué por Cristo Señor instituido para ser recibido [Mt. 26, 26 ss]. Porque aquel mismo Dios creemos que está en él presente, a quien al introducirle el Padre eterno en el orbe de la tierra dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios [Hebr. 1, 6; según Ps. 96, 7]; a quien los Magos, postrándose le adoraron [cf. Mt. 2, 11], a quien, en fin, la Escritura atestigua [cf. Mt. 28, 17] que le adoraron los Apóstoles en Galilea. Declara además el santo Concilio que muy piadosa y religiosamente fué introducida en la Iglesia de Dios la costumbre, que todos los años, determinado día festivo, se celebre este excelso y venerable sacramento con singular veneración y solemnidad, y reverente y honoríficamente sea llevado en procesión por las calles y lugares públicos. Justísima cosa es, en efecto, que haya estatuidos algunos días sagrados en que los cristianos todos, por singular y extraordinaria muestra, atestigüen su gratitud y recuerdo por tan inefable y verdaderamente divino beneficio, por el que se hace nuevamente presente la victoria y triunfo de su muerte. Y así ciertamente convino que la verdad victoriosa celebrara su triunfo sobre la mentira y la herejía, a fin de que sus enemigos, puestos a la vista de tanto esplendor y entre tanta alegría de la Iglesia universal, o se consuman debilitados y quebrantados, o cubiertos de vergüenza y confundidos se arrepientan un día. >><sup>42</sup>

A la sombra de los decretos tridentinos sobre la Eucaristía, se experimenta a lo largo de los siglos XVI y XVII una verdadera eclosión de la piedad eucarística, que tiene especial incidencia en la Francia de finales del XVI y principios del XVII como consecuencia de las Guerras de Religión, en donde las profanaciones de iglesias y sagrarios por los hugonotes, da lugar a todo un movimiento de expiación eucarística que enlaza con la devoción al Sagrado Corazón, en la que la reparación muestra un carácter más universal, ya que esta dirigido no sólo a las ofensas que Cristo eucaristía recibe por

---

<sup>42</sup> DzH 878

parte de los protestantes, sino también de los propios católicos, tal es el sentido de la Gran Revelación de Cristo a Santa Margarita María:

<< He ahí este Corazón, que ha amado tanto a los hombres (...) y en reconocimiento no recibo de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sus sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por esto te pido que sea dedicado el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día y reparando su honor por medio de un respetuoso ofrecimiento, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares.>><sup>43</sup>

La piedad eucarística en estos siglos se desarrolla en torno a dos grandes líneas de actuación que responden a los dos grandes desafíos a los que tiene que hacer frente la Iglesia católica en esta materia en dichas centurias:

## 2.1. Devoción eucarística en torno a la Presencia Real

Tal vez sea este el campo que presenta una mayor riqueza de manifestaciones piadosas a lo largo de la Edad Moderna, muchas de las cuales han llegado hasta nuestros días potenciadas por el Magisterio Pontificio<sup>44</sup>, y que a su vez hunden sus raíces en la Edad Media, como es el caso de la procesión del Corpus Christi, cuyas manifestaciones más solemnes tienen como escenario las tierras españolas de uno y otro lado del Océano, pero también en las italianas (v.gr. Orvieto)<sup>45</sup>.

Uno de los elementos novedosos que encontramos en torno a la devoción eucarística en estos tiempos es la práctica de la adoración eucarística, que se ve favorecida por la nueva disposición que adquiere dentro del templo el lugar destinado para la conservación de la Reserva eucarística, la cual es reservada en sagrarios o tabernáculos que ocupan el lugar central del altar a la vista de los fieles, sustituyendo a los nichos medievales mucho menos accesibles<sup>46</sup>. Esta adoración eucarística se va a manifestar en prácticas concretas como las *Cuarenta Horas*<sup>47</sup> o la *Adoración*

---

<sup>43</sup> MARGARITA MARIA, Santa: *Autobiografía de... copiada textualmente de la que dejó manuscrita ella misma por orden de su director el P. Rolin, S. J. Traducida por el P. Ángel Sánchez Teruel de la Compañía de Jesús*, <<El Mensajero del Corazón de Jesús>>, Apartado 73 Bilbao 1931 (3ª edición) Cap. VI p. 154

<sup>44</sup> <<El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa – presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino –, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual. Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas. >> (JUAN PABLO II: *Ecclesia de Eucaristía, Carta encíclica sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia* n° 25 a, Edibesa, Madrid 2003 p. 32

<sup>45</sup> La piedad eucarística española durante los años posteriores a Trento no sólo se enriqueció con la práctica de las Cuarenta Horas y de la Adoración perpetua, sino que además hubo todo un mes especialmente dedicado al Santísimo (LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. III p. 1085)

<sup>46</sup> LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. III p. 1083

<sup>47</sup> Esta práctica tiene su origen en las cuarenta horas que permaneció Cristo en el sepulcro, que según San Agustín comprenden “desde la hora de la muerte hasta la madrugada de la resurrección, incluyendo también la hora de Nona” (*De Trinitate* PL 46, col. 894). La práctica de las Cuarenta Horas se realizó por

*perpetua*<sup>48</sup>, en la que se exponía el Santísimo a los fieles durante un tiempo determinado en la que se realizaban ejercicios de adoración y expiación eucarística, estos últimos eran muy frecuentes en los días que duraba el Carnaval y tenían como objeto la reparación de los pecados cometidos en esas jornadas de diversión desenfadada<sup>49</sup>.

Sin embargo, la principal manifestación de la devoción eucarística en los tiempos modernos es la procesión del Corpus Christi, una práctica heredada de la Edad Media, pero que ahora adquiere una gran importancia como contestación a la negación por parte de los protestantes de la Presencia real de Cristo en la Eucaristía. Más que las procesiones de Semana Santa, la procesión del Corpus hace de Cristo un verdadero contemporáneo de los hombres y mujeres que contemplan el paso de la Sagrada Forma en ricas custodias por las calles y plazas de la Europa católica, y cuya presencia sirve para mover a los predicadores a invitar a todos a recibirlo a través de una recta disposición interna y una reforma sincera de la vida pública y privada, es decir, a la conversión<sup>50</sup>. Este espíritu que subyace en la festividad del Corpus, sirve de estímulo a los escritores espirituales que en sus obras recogen la contemporaneidad de Cristo eucaristía con los espectadores de las procesiones en términos muy emotivos, así, el Maestro de Ávila escribe en relación con este tema:

<< ¡Oh Corazón más ancho que el cielo para sufrirnos y meternos en Ti y buscar lo que nos cumple! Estás tan lleno del deseo de nuestro bien, es tanto el amor que en tu Corazón reina, que parece mañana que no cabe en tu templo, por grande que sea, y que la gente que allí te va a ver en la Misa te parece poca con el deseo que tienes de abrazar a todos y lastimado de lo que pierden los que no van a Ti, y como madre ansiosa y cuidadosa del remedio de sus hijos, sales a las calles y lugares públicos, y según está escrito predicas en público y das voces en las plazas diciendo: si alguno es pequeñuelo, venga a Mí. >><sup>51</sup>

También hay que señalar la aparición de otras prácticas derivadas de la celebración del Corpus Christi, y que sirven para fomentar la fe de los fieles en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, entre ellas se encuentra la exposición del Santísimo durante la Octava de Corpus y la bendición con el mismo, aunque con el tiempo exposición y bendición formaron parte de una misma práctica que, por lo general, tenía lugar al final de la Misa o de algún otro Oficio litúrgico<sup>52</sup>.

En el fondo de todas estas prácticas subyacen dos ideas muy concretas, que en ocasiones se entremezclan en la práctica:

---

primera vez en 1527 en Milán, pero sin exposición del Santísimo, hasta que en 1540 el capuchino Fr. José de Fermo la realizó con la exposición. (AZCARATE, R. P. Andrés (OSB) *Op. cit.* nota 12 p. 504; LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. III p. 1084)

<sup>48</sup> Esta práctica fue introducida por San Antonio María Sacaría en Italia, mientras que en Francia el jesuita P. Auger logró que el Arzobispo de París, De Gondí, autorizara en 1574 la exposición perpetua del Santísimo en las iglesias de su diócesis, turnándose las iglesias en la exposición (LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. III p. 1085)

<sup>49</sup> Fueron los jesuitas de la mano de San Carlos Borromeo, quienes vincularon las Cuarenta Horas a la expiación por los pecados cometidos durante las fiestas del Carnaval en la Ciudad Eterna (LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. III p. 1084)

<sup>50</sup> ESQUERDA BIFET, Juan: art <<Corpus Christi>> en *Op. cit.* p. 241

<sup>51</sup> Cf. JUAN DE AVILA, San: *Libro del Santísimo Sacramento*, tr. 2 (2,26) en ALDAMA, J. A. De S. I. : <<El Beato Juan de Ávila, precursor de Santa Margarita María de Alacoque en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús>>, Maestro Ávila 1 (1946) p. 261

<sup>52</sup> AZCARATE, R. P. Andrés (OSB) *Op. cit.* 501

- *Adoración*: sobre este punto Trento afirmaba que los fieles “deben tributarle aquel culto de latría que se debe al verdadero Dios”<sup>53</sup>, en virtud del hecho de que Cristo se haya realmente presente en ella en cuerpo, sangre, alma y divinidad, en virtud de la unión hipostática, por lo que el mismo Concilio recuerda en el Canon 6 del Decreto sobre la Eucaristía:

<< Can. 6. Si alguno dijere que en el santísimo sacramento de la Eucaristía no se debe adorar con culto de latría, aun externo, a Cristo, Hijo de Dios unigénito, y que por tanto no se le debe venerar con peculiar celebración de fiesta ni llevándosele solemnemente en procesión, según laudable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia, o que no debe ser públicamente expuesto para ser adorado, y que sus adoradores son idólatras, sea anatema. >><sup>54</sup>

- *Expiación*: del hecho de que Cristo se haya realmente presente en la Eucaristía se deriva que las ofensas inferidas contra ésta repercuten en Aquel, de ahí, la necesidad de repararlas por parte de los fieles.

Detrás de esta idea está el concepto, muy extendido en los siglos XVI y XVII, del *honor de Dios*. Se traslada al campo de la Religión ese sentido del honor propio del mundo moderno en el que a mayor dignidad una persona, mayor honor le corresponde, y así en la Francia del siglo XVII se establece todo un código de honor en torno a Luis XIV, que es objeto de un conjunto de ceremonias destinadas a testimoniar el honor que sus súbditos le deben por su condición regia; del mismo modo, la reparación de la ofensa es proporcional al honor del ofendido, y esta exige un desagravio que se traduce en todo un ceremonial en el que “el condenado avanzaba en público, con los pies desnudos, en camisa, la cuerda al cuello, una antorcha en la mano, para confesar y reparar su crimen”<sup>55</sup>. Esta idea en el orden espiritual se traduce en una consideración de Dios y de Cristo como un Soberano omnipotente cuyo honor era ofendido con la indiferencia, el desprecio, la blasfemia y el sacrilegio, faltas que exigían un desagravio a través del fe, la oración y el amor<sup>56</sup>, que se manifiestan bien en prácticas concretas o a través de plegarias expiatorias como la siguiente:

<< Es a través del Corazón de mi Jesús, mi Camino, Verdad y Vida como me acerco a Vos, oh Padre eterno.

Por medio de este divino Corazón, yo os adoro por todo aquellos que no os adoran; os amo por todos aquellos que no os aman; os reconozco por todos los que, voluntariamente ciegos, que por despecho no os reconocen.

Deseo por medio de este divino Corazón satisfacer el deber de todos los mortales. Contemplo con mi espíritu al mundo para buscar en él a todas las almas redimidas por la Preciosísima Sangre de mi Salvador. Yo las abrazo y por Vos las presento a él, y por Él, os pido su conversión.

---

<sup>53</sup> DzH 878

<sup>54</sup> DzH 888

<sup>55</sup> DESCOUTEURS, Bernard – GAUD Christine: *A corazón abierto. Margarita María de Alacoque*, Ediciones Mensajero, Bilbao 1999 p. 99-98

<sup>56</sup> DESCOUTEURS, Bernard – GAUD Christine *Op. cit.* p. 99

A través de este adorable Corazón os presento a todos los trabajadores del Evangelio, a fin de que por sus meritos vos les llenéis del Espíritu Santo.

Oh Verbo Encarnado, mi amadísimo Jesús, vos sabéis todo aquello que deseo decir a Vuestro Padre a través de vuestro divino Corazón. Os lo digo para que lo digáis, porque vos estáis en vuestro Padre y vuestro Padre en Vos. Haced entonces que todo ello se cumpla y unios a mí para conmovier por medio de vuestro Corazón el de vuestro Padre. Haced, según vuestra palabra, que como sois una misma cosa con Él, todas las almas que os presento sean también una misma cosa con Él y con Vos. >><sup>57</sup>

El hecho de las Guerras de Religión en la Francia de mediados del siglo XVI dará un fuerte impulso a esta espiritualidad de la expiación, como consecuencia de las profanaciones cometidas por los hugonotes contra la Reserva eucarística, hasta el punto de que finalizada la contienda se desarrolla en Francia todo un movimiento de expiación eucarística potenciado por los grupos católicos más conservadores (*milieu devot*) que convierten la expiación en uno de sus ejercicios de piedad centrales, como podemos comprobar en las benedictinas del Santísimo Sacramento, fundadas por Matilde del Santísimo Sacramento, o las de Port – Royal, dirigidas por la hermana de Antonio Arnauld, Angélica Arnauld, muy influenciadas por el *milieu devot* francés<sup>58</sup>. Con el Jansenismo esta tendencia se fortalece con ocasión de la polémica en torno a la comunión frecuente, ahora la expiación se dirige hacia el abandono de la práctica eucarística que se aprecia en algunos sectores sociales que malinterpretan las tesis de Arnauld en torno a la conveniencia de la frecuente recepción de la Eucaristía, y que es traducido por algunos como un desprecio hacia Cristo eucaristía, de ahí, la necesidad de suplir este abandono con la adoración y la expiación constante por parte de los fieles.

## 2.2. El apostolado de la Comunión frecuente

Muchos más obstáculos presenta este segundo aspecto de la renovación de la piedad eucarística moderna tanto más si tenemos en cuenta lo arraigado que esta la irregularidad de la recepción sacramental desde la Edad Media. Sobre aspecto, el Concilio había propuesto, en el contexto de los decretos sobre la Eucaristía, una mayor asiduidad en la recepción sacramental señalando el carácter fortalecedor de la misma<sup>59</sup>:

<< Así, pues, nuestro Salvador, cuando estaba para salir de este mundo al Padre, instituyó este sacramento en el que vino como a derramar las riquezas de su divino amor hacia los hombres, componiendo un memorial de sus maravillas [Ps. 110, 4], y mandó que al recibirlo, hiciéramos memoria de El [1 Cor. 11, 24] y anunciáramos su muerte hasta que El mismo venga a juzgar al mundo [1 Cor. 11, 25]. Ahora bien, quiso que este sacramento se tomara como espiritual alimento de las almas [Mt. 26, 26] por el que se alimenten y fortalezcan [Can. 5] los que viven de la vida de Aquel que dijo: El que me come a mí, también él vivirá por mí [Ioh. 6, 58], y

---

<sup>57</sup> MARIA DE LA ENCARNACIÓN (religiosa ursulina): *Carta CLIII* <<a su hijo Dom Claudio Martín>> (16 de septiembre de 1661) en [http://www.spiritualite-chretienne.com/s\\_coeur/chrono\\_d1.html](http://www.spiritualite-chretienne.com/s_coeur/chrono_d1.html) (Consulta: 20-08-2006)

<sup>58</sup> JEDIN, H *Manual de Historia de la Iglesia.*, Vol. VI, Barcelona, Herder 1978 p. 61

<sup>59</sup> Con todo el Concilio no especifica el modo en que habría de practicarse esta asiduidad, con lo que dejaba la puerta abierta tanto a los excesos de los laxistas como el alejamiento de los más rigoristas, ya que dejaba en manos del confesor el aconsejar o no la frecuencia sacramental. (N. del A.)

como antídoto por el que seamos liberados de las culpas cotidianas y preservados de los pecados mortales. Quiso también que fuera prenda de nuestra futura gloria y perpetua felicidad, y juntamente símbolo de aquel solo cuerpo, del que es El mismo la cabeza [1 Cor. 11, 3; Eph. 5, 23] y con el que quiso que nosotros estuviéramos, como miembros, unidos por la más estrecha conexión de la fe, la esperanza y la caridad, a fin de que todos dijéramos una misma cosa y no hubiera entre nosotros escisiones [cf. 1 Cor. 1, 10] >><sup>60</sup>

pero no contento el Concilio con señalar los efectos saludables de la comunión sacramental, también recomienda a los fieles la práctica de la comunión espiritual, en atención de aquellos que por cualquier impedimento no pueden hacerlo sacramentalmente pero desean recibirla, y que consiste en “un gran deseo de unirse sacramentalmente a Jesucristo”<sup>61</sup>:

<< En cuanto al uso, empero, recta y sabiamente distinguieron nuestros Padres tres modos de recibir este santo sacramento. En efecto, enseñaron que algunos sólo lo reciben, sacramentalmente, como los pecadores; otros, sólo espiritualmente, a saber, aquellos que comiendo con el deseo aquel celeste Pan eucarístico experimentan su fruto y provecho por la fe viva, que obra por la caridad [Gal. 5, 6]; los terceros, en fin, sacramental a par que espiritualmente [Can. 8]; y éstos son los que de tal modo se prueban y preparan, que se acercan a esta divina mesa vestidos de la vestidura nupcial [Mt. 22, 11 ss].>><sup>62</sup>

Sin embargo, a pesar de los deseos de Trento en lo referente a la frecuencia sacramental, la difusión de esta va a encontrar numerosos impedimentos derivados unos de la tradición medieval y otros de los excesos de los partidarios de la moral rigorista que atacan la práctica como laxa, y de los abusos que desde las posiciones laxistas se perpetran en este campo. Aun así, como hemos visto, la causa de la comunión frecuente es tomada por los principales reformadores católicos como San Ignacio de Loyola o San Juan de Ávila como un elemento más de la reforma espiritual y moral del pueblo católico, apostolado más universal en el primero, y más local en el segundo<sup>63</sup>, pero que incide en los mismos postulados.

Tomando como ejemplo a la Compañía de Jesús, ésta desarrolló un amplio apostolado a favor de la comunión frecuente, tanto en España como en Italia, encontrándose fuertes oposiciones hasta el punto de que un “cierto religioso y catedrático de teología<sup>64</sup>, no menos famoso por su ciencia, que por su odio á San Ignacio y á toda la Compañía de Jesús, (...) no tuvo reparo de proclamar públicamente desde el pulpito de Valladolid, que: <<una de las señales que tiene mayores, de que viene el anticristo muy cerca, ó es nacido, es la frecuencia que hay de Sacramentos”<sup>65</sup>; del mismo modo, los apoyos y alabanzas a este apostolado tampoco faltaron, y en Italia el Cardenal Baronio “llamo... á la iglesia de la Casa Profesa... con vocablo griego,

---

<sup>60</sup> DzH 875

<sup>61</sup> PIO X, *San Op. cit.* P. IV. Cap. V, 2, 15

<sup>62</sup> DzH 881

<sup>63</sup> El apostolado del Maestro Ávila en el campo de la comunión frecuente se reduce al área andaluza, escenario de su labor misional, lo cual no resta importancia al mismo dado el estado moral y espiritual del clero y las gentes de aquellas tierras que tanto impresionó a Santa Teresa (v. gr. *Libro de las Fundaciones* C. 25) (BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. p. 33)

<sup>64</sup> El autor del libro no menciona el nombre del religioso, pero podría tratarse del dominico Melchor Cano, acérrimo enemigo de la Compañía de Jesús fundacional.

<sup>65</sup> BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. p. 59

*Anastasia, que quiere decir resurrección, por haber resucitado en ella, dijo, el uso de la Penitencia y Eucaristía, muerto por largo tiempo*<sup>66</sup>.

Entre los medios utilizados por los jesuitas en este apostolado de la Comunión frecuente destaca el realizado a través, de la llamada <<Comunión General>> ideada por el P. Juan Ramírez, por la que se aspiraba al fomento de una mayor práctica sacramental con el atractivo de ofrecer a todos los participantes indulgencia plenaria cada vez que se celebrase<sup>67</sup>. ¿Cómo se celebraba esta <<Comunión General>>? Tomando como ejemplo la que tenía lugar en Roma esta tenía lugar de la siguiente manera: <<se elegía una de las mayores iglesias de Roma (...) en donde cada mes se celebraba el Banquete Eucarístico con una especial solemnidad... En esta iglesia, durante un mes entero, cada domingo se preparaba á los fieles con sermones para la *Comunión General*. Llegado el día, cinco ó seis sacerdotes distribuían al pueblo el Pan de los Ángeles. Muchas veces los Padres de la Compañía invitaban á Obispos y Cardenales para dar la Sagrada Comunión, á fin de que la presencia de estos altos dignatarios atrajese á la multitud, haciendo más solemne la piadosa ceremonia (...) Durante la distribución de las Sagradas Especies, un predicador dirigía á los fieles algunas palabras, ó recitaba en voz alta algunas oraciones, alimentando así el fuego que ardía en sus almas. Por la tarde, después del sermón, se cantaban algunos himnos delante de su Divina Majestad expuesto, y se daba al pueblo prosternado la bendición del Santísimo Sacramento. >><sup>68</sup> A estas celebraciones convocaban por termino medio a unas 20 o 25000 personal, e incluso se llegaba a la cifra de 80.000<sup>69</sup>, y entre los grandes propagadores de esta práctica podemos citar al jesuita italiano San Francisco de Jerónimo (1642-1716) que solía celebrarla el tercer domingo de cada mes<sup>70</sup>, reuniendo “numerosos grupos de fieles de las aldeas circunvecinas que, con la debida separación de sexos, y formados en procesión con sus estandartes levantados en alto, cruzaban las calles de Nápoles entonando piadosos cánticos y luego entraban en el grandioso templo de la Casa Profesa de la Compañía, donde algunos niños y niñas se adelantaban hasta las gradas del altar, para deponer las coronas de flores con que ceñían sus cabezas y ofrecérselas en obsequio á *Jesús Sacramentado*”<sup>71</sup>.

Otro de los medios utilizados en este apostolado fueron las Congregaciones marianas, en las que la Compañía forjaba espiritualmente a los jóvenes que estudiaban en sus colegios, y a través de los cuales difundían en los estratos sociales más humildes los postulados de la renovación espiritual que la Compañía propugnaba. Caracterizadas por una fuerte impronta mariana<sup>72</sup>, se promoverá en su seno la frecuencia en la práctica de la confesión y comunión sacramental según los deseos de Trento y del propio San Ignacio, quien en su Regla destinada a los estudiantes de la Compañía en Padua hace la siguiente recomendación:

---

<sup>66</sup> BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. Pp. 46-47

<sup>67</sup> BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. p. 37

<sup>68</sup> BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. pp. 39-40

<sup>69</sup> BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. p. 39

<sup>70</sup> VAN ORTROY, Francis: art. << San Francisco de Geronimo >> en [www.encyclopediacatolica.com](http://www.encyclopediacatolica.com) (Consulta: 22-2-2005)

<sup>71</sup> BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. p. 40

<sup>72</sup> La piedad mariana renovada que irradia de las Congregaciones marianas de la Compañía influirá poderosamente en los dos grandes santos marianos franceses: San Juan Eudes y San Luis María Grignon de Montfort, formados ambos en colegios de la Compañía, y cuya mariología responde a la espiritualidad de la Congregaciones marianas sintetizada en el lema *Ad Jesús per Mariam* (<<A Jesús por María>>).

<< Todos los estudiantes se confesarán y comulgarán todos los domingos, y si hubiese algún impedimento para comulgar, por alguna negligencia o a juicio del confesor, comulguen por obligación los lunes, y quien no lo haga el lunes, no le den alimento corporal hasta que tome el espiritual. Con todo, si algunos quisieren confesar más a menudo, como dos veces por semana, pueden hacerlo para mayor provecho espiritual de sus almas, pero no para comulgar tan a menudo, pues es suficiente comulgar de ocho en ocho días para aquellos que tienen que estudiar poner todas sus fuerzas en adquirir buena y santa ciencia, para ayudarse a sí mismos y a todos los demás que puedan, caminando por la vía verdadera y santa en el Señor. >><sup>73</sup>

y en carta a Juan Luis González de Villasimplez, contador del Reino de Aragón, le recomienda, en línea con el pensamiento de Trento y aplicable a la espiritualidad de las Congregaciones marianas en cuanto a la frecuencia sacramental, la importancia de la asiduidad a los sacramentos de la confesión y comunión para evitar las caídas:

<< A El suplico yo se dé siempre a conocer y amar a vuestra merced, y le ponga muy dentro del ánimo los ejemplos y doctrina que Cristo nuestro Señor puso delante del mundo todo. Y continuando vuestra merced su muy buena y cristiana usanza de confesarse y comulgarse a menudo, y asimesmo de la oración y limosnas, Cristo nuestro Señor le guardará de estropiezos, cuánto más de caídas. >><sup>74</sup>

A pesar de todo este esfuerzo, la comunión frecuente no será la tónica dominante en la vida espiritual de los hombres de la Edad Moderna, y como testimonia el Decreto de San Pío X sobre la comunión frecuente y diaria la postura jansenista había calado más hondo que la defendida por los Jesuitas. La decisiva aportación de la escuela moral de San Alfonso María de Liguorio dará a finales del siglo XVIII un importante impulso a favor de la comunión frecuente, ofreciendo una línea intermedia entre el rigorismo y el laxismo, que se impondrá a ambas<sup>75</sup> y que favorecerá un renacimiento de la frecuencia sacramental de la que el Decreto de San Pío X es su máximo testimonio.

## Conclusión

El presente trabajo ha querido, en continuación del anteriormente publicado, ofrecer una visión panorámica de la evolución de la piedad eucarística en la Iglesia en los momentos históricos más decisivos en la formulación de la fe y en la orientación de la piedad cristiana.

Los desafíos en materia tan delicada como es el dogma y la liturgia, exigen de los creyentes un conocimiento cada vez más profundo y claro de la Historia de la Iglesia y de las corrientes que pusieron en peligro la verdad transmitida por los Apóstoles. La

---

<sup>73</sup> IGNACIO DE LOYOLA, San: <<Regla para los estudiantes de Padua>>: *Sobre un cierto orden en casa por ahora y primero sobre las cosas espirituales*, nº 2 en *Obras de...*, p. 662

<sup>74</sup> IGNACIO DE LOYOLA, San: << [Carta] a Juan Luis González de Villasimplez >> (Roma, 16 septiembre 1553) en *Obras de...*, p. 963

<sup>75</sup> Nombrado por Pío XII <<patrono de los confesores y moralistas>>, San Alfonso María de Liguorio ofrece una doctrina moral que incide en la misericordia de Dios y que se articula en torno al primado de la verdad, de la conciencia y de la libertad (LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Historia de la Iglesia Católica. Edad Contemporánea*. Vol. V, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004 p. 381; LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA *Op. cit.* Vol. IV p. 507)

Santa Misa y la presencia real de Cristo en la Eucaristía han sido siempre los blancos preferidos de los innovadores y heterodoxos, por ello conocer las teorías opuestas a ambas y el Magisterio infalible de la Iglesia y de los Romanos Pontífices es una exigencia ineludible para todo creyente.

Si la Eucaristía es el centro de la vida cristiana y nos pone en contacto con Cristo, realmente presente en las especies eucarísticas, conocer el esfuerzo bimilenario de quienes nos han precedido para conservar y transmitir la verdadera fe, nos hará apreciar más el legado que Pablo transmitió a los Corintios, y que a su vez él recibió de Cristo.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- ✧ ALDAMA, J. A. de S. I. : <<El Beato Juan de Ávila, precursor de Santa Margarita María de Alacoque en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús>>, Maestro Ávila 1 (1946)
- ✧ AZCARATE, R. P. Andrés (OSB) *La Flor de la Liturgia o curso ilustrado de liturgia, para uso de los seminarios y noviciados, círculos de Acción Católica, seminarios catequísticos y otros centros de estudios religiosos, por el P... monje benedictino*, Editorial Pax. San Sebastián s.f. (primera edición española)
- ✧ BERGUIRIZTÁIN, P. Justo S. I. *San Ignacio de Loyola. Apóstol de la Comunión Frecuente*, Barcelona 1909
- ✧ BAIVEL: art. <<Coeur Sacré de Jésus (devotion au)>> en *Dictionnaire de Theologie Catholique*, Letauzey et Ané, Paris, 1908
- ✧ COOK, Chris: *Diccionario de términos históricos*, Biblioteca de Consulta (Alianza Editorial), Madrid 1997
- ✧ DENZINGER, Enrique: *El Magisterio de la Iglesia. Manual de los símbolos y declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres*, Barcelona, Herder 1961.
- ✧ DESCOULEURS, Bernard – GAUD Christine: *A corazón abierto. Margarita María de Alacoque*, Ediciones Mensajero, Bilbao 1999
- ✧ DUBLANCHY, E.: art. << Communion Eucharistique (Fréquente) >> en *Dictionnaire de Theologie Catholique*, Letauzey et Ané, Paris, 1908
- ✧ EGIDO, Teofanes: *Las Claves de la Reforma y la Contrarreforma (1517-1648)*, Planeta, Barcelona 1991
- ✧ ESQUERDA BIFET, Juan: *Diccionario de San Juan de Ávila*, Monte Carmelo, Burgos 1999
- ✧ IGNACIO DE LOYOLA, San: *San Ignacio de Loyola. Obras. Edición manual. Transcripción, introducción y notas de Ignacio Iparraguirre S. I. – Cándido Dalmases S. I. del Instituto Historico de la Compañía de Jesús (Roma) y Manuel Ruiz Jurado S. I.*,

profesor de historia de la espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1997 (sexta edición, reimpresión)

- ✧ JEDIN, H.: *Manual de Historia de la Iglesia*, T. VI, Herder, Barcelona 1978
- ✧ JUAN PABLO II: *Ecclesia de Eucaristía, Carta encíclica sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia*, Edibesa, Madrid 2003
- ✧ MARGARITA MARIA, Santa: *Autobiografía de... copiada textualmente de la que dejó manuscrita ella misma por orden de su director el P. Rolin, S. J. Traducida por el P. Ángel Sánchez Teruel de la Compañía de Jesús*, <<El Mensajero del Corazón de Jesús>>, Apartado 73 Bilbao 1931 (3ª edición)
- ✧ MIGNE, J. P.: *Patrologiae cursus completus*. Series griega (París 1844-64)
- ✧ MITRE, Emilio – GRANDA, Cristina: *Las grandes herejías de la Europa cristiana (380-1520)*, Istmo, Madrid 1999
- ✧ LLORCA – G. VILLOSLADA – LABOA:
  - *Historia de la Iglesia Católica. Edad Antigua. La Iglesia en el mundo grecorromano*, Vol. I, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2001
  - *Historia de la Iglesia Católica. Edad Media. La cristiandad en el mundo europeo y feudal (800-1303)* Vol. II Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2003
  - *Historia de la Iglesia Católica. Edad Moderna. Edad Nueva. La Iglesia en la época del Renacimiento y la Reforma católica (1303-1648)*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1999 Vol. III
  - *Historia de la Iglesia Católica. Edad Contemporánea*. Vol. V, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004
- ✧ PIO X, San: *Catecismo mayor de San Pío X. Compendio de la Doctrina cristiana*, Editorial Criterio Libros, Madrid 1998
- ✧ ROPS, Daniel: *La Iglesia en los tiempos clásicos. El Gran siglo de las almas*, Luis de Caralt Editor, Barcelona 1959
- ✧ TOMAS DE AQUINO, Santo: *Suma Teológica*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2001
- ✧ VAN ORTROY, Francis: art. << San Francisco de Geronimo>> en [www.enciclopediacatolica.com](http://www.enciclopediacatolica.com)
- INTERNET: [http://www.spiritualite-chretienne.com/s\\_coeur/chrono\\_d1.html](http://www.spiritualite-chretienne.com/s_coeur/chrono_d1.html)